

De la mano

Despierta, tus ojos abandonan la última rama,
arrugas tus pestañas, tus pupilas aletean y descienes.

Bajas al fondo del abismo, bajas al centro de la nada.
Me pides tú la mano y todo el brazo te permito.
Tiemblan tus piernas como arterias alteradas,
sientes frías perforaciones de agujas secas en tus poros,
tienes miedo y a esa oscuridad entro yo contigo.

Estoy sentado aquí a tu lado, con tu mano en la mía.

Caemos en la cuna de los brujos. Batimos el piso con los bichos.
Ahí donde los ojos petrifican, ahí donde el dolor no es amarillo.
Ahí donde las muelas gritan y rechinan, ahí donde las uñas se fracturan
y la sonrisa es un cerillo, humedecido.

Bajamos a la sombra de Saturno. Tú te incas, creyendo en un oficio antiguo,
de tu busto nace una astilla de violín, mueren los átomos de carbón en un suspiro
y tú te tiras, te tiras al esófago vacío del olvido.

Tus manos tiritan, tus hombros, tu pecho y tus sienes de confusión y escalofrió,
cada célula en tu cuerpo grita al cielo, a los santos, a socorro, pidiendo auxilio.
Confundes tanta sal con el arroz, una herida con un río, la tristeza con la cruz,
tantos años con un clavo.

Estoy sentado aquí a tu lado con tu mano en la mía.

Bajamos al silencio de Saturno y ahora yo me arrodillo. Tu mula y tu muleta, tu tibia y tu fémur,
te cargo y te levanto, porque aquí no puede haber silencio, aquí no hay monasterio,
no hincarnos a llorar. Aquí locomotoras, los gritos del Tenampa, los truenos y un silbato,
los cuernos de un carnero y los golpes de un tifón. Aquí tenemos que hacer algo,
tenemos que hacer ruido, hacer un buen de bulla, armar un gran desmadre, para que así
nos escuche Dios.

Siete anillos y sesenta y dos lunas. Noche y día. Hasta que la muerte nos separe.

Estoy sentado aquí a tu lado, con tu mano en la mía.

